

## Diálogo e historia en las *Batallas y Quinquagenas* de Gonzalo Fernández de Oviedo

por Alberto del RÍO NOGUERAS  
(Colegio Universitario de Huesca)

La oportunidad de enfrentarse a un importante y poco conocido texto de Oviedo en edición rigurosa, basada en el manuscrito autógrafo de las *Batallas y Quinquagenas*<sup>1</sup>, es ocasión que los interesados por la cultura y las letras áureas deben recibir con especial interés. Es tal la importancia de los datos vertidos sobre época tan crucial para la formación de la España moderna, que la publicación sugiere numerosos motivos de reflexión. De entre ellos, y en espera de que el editor nos regale con su "demorado estudio" sobre esta figura capital de las letras castellanas en su tránsito de la Edad Media al Renacimiento, me atreveré a apuntar unas provisionales líneas sobre el alcance de la elección genérica del molde dialogal para articular esta suerte de nobiliario de la España imperial salido de la pluma de nuestro cronista de Indias.

Cuando Oviedo allá por la mitad del siglo XVI encara su labor, eran varios los factores que podían inclinarle a la adopción del diálogo como estructura en que verter sus informaciones. Se hace necesario pensar, como apunta el profesor Avalle-Arce en el prólogo a su edición, en un "recatado tributo al erasmismo", corriente espiritual que como ya señaló Marcel Bataillon pudiera haber influido en el ideario de quien en su juventud literaria concibió el *Claribalte*. La obra, como es sabido, pertenece a un género novelesco, el de los libros de caballerías, del que habría de renegar en la posterioridad. Quizás las críticas dirigidas contra la literatura de ficción desde la estela de ese movimiento espiritual no sean ajenas a ese cambio<sup>2</sup>. El roterodamense es uno de los pilares básicos para entender en toda su magnitud el despliegue del diálogo renacentista en España, pero conviene recordar que a la altura en que Oviedo comienza las *Batallas*, el molde genérico había

<sup>1</sup> La lectura atenta de una noticia muy poco difundida de Amador de los Ríos había dado la pista a Juan Bautista Avalle-Arce para localizar el único texto autógrafo conocido hasta el momento de esta obra. La transcripción aparece ahora publicada por la Diputación salmantina, encabezada por un escueto y jugoso prólogo del editor. En él se nos da cuenta de las vicisitudes y pesquisas que le llevaron hasta el manuscrito 359 de la Biblioteca universitaria, se nos describen sus características formales y se nos da un avance de lo que promete ser un estudio más extenso de las *Batallas* dentro de la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo.

<sup>2</sup> Marcel Bataillon, *Erasmus y España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, 2ª ed., pp. 641-42.

alcanzado también a una larga lista de autores peninsulares atentos, como la propia obra de Erasmo, a las raíces clásicas, Platón, Cicerón y Luciano, notablemente, y a sus émulos italianos<sup>3</sup>. Y los conocimientos de Oviedo, si bien no tan profundos como una lectura superficial puede inducir a pensar, al menos permiten suponer un contacto efectivo con esas formulaciones precedentes de la literatura didáctica<sup>4</sup>.

De proporciones desorbitadas y de hálito más que sostenido, al igual que la mayor parte de su obra, el proyecto inicial de escribir 800 diálogos, a razón de cincuenta por quincuagena, cuatro quincuagenas por batalla y cuatro batallas en total, quedó desgraciada y, casi me atrevo a decir, necesariamente inconcluso. Lo editado ahora corresponde apenas a la sexta parte del total, con sus 132 diálogos, casi todos ellos pertenecientes a la segunda batalla<sup>5</sup>. El deseo de Oviedo, expresado en más de una ocasión, era reservar este segundo apartado para el repaso de los casos infelices de muerte desdichada de los sujetos o falta de descendencia en las casas tratadas: "Pues que en esta segunda batalla se trata de infelices sucesos e tempranas muertes e desdichados fines..." (p. 47). Es un atisbo de la ordenación mayor pensada por nuestro cronista para operar en un estadio posterior de la evolución de la obra, probablemente escrita en un lapso de tiempo dilatado, con la ayuda de extensos memoriales del propio Oviedo y con el concurso de crónicas y relaciones de la época, como él mismo confiesa en distintos lugares. Al parecer, la naturaleza dispersa de su quehacer traiciona el diseño inicial de las *Batallas* a las pocas líneas de haberlo comenzado. En los primeros diálogos escritos para la primera quincuagena de la primera batalla hay indicios para pensar que su ordenamiento debería seguir los escalafones de la nobleza<sup>6</sup>:

A.: ¿Qujén os parece que deuen ser esos señores en cuya memoria auemos de ocupar nuestro tiempo? S.: Ya sabés que después de la persona del rrey, o del príncipe e infante erederero de Castilla, tiene el primero lugar el Maestre de Sanctiago, e luego el Duque de Medina Sidonia, que preçede a todos los duques de Castilla (p. 21).

<sup>3</sup> Véase ahora un buen resumen de la cuestión en el capítulo II del trabajo de Jesús Gómez, *El diálogo en el Renacimiento español*, Madrid, Cátedra, 1988. Sin olvidar la oportuna síntesis de Cristóbal Cuevas en su edición del *De los nombres de Cristo* luisiano, Madrid, Cátedra, 1977, pp. 47-58.

<sup>4</sup> En el trabajo de E. Daymond Turner, *Los libros del alcaide: la biblioteca de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés*, en *Revista de Indias*, 21, 1971, pp. 139-198, se señalan como probables lecturas del cronista, entre otras, el *Coloquio de las damas* de Pietro Aretino, los *Dialoghi* del Petrarca, y, claro está, los *Coloquios*, de Erasmo.

<sup>5</sup> La publicación, por ello, se complementa con la edición de los apógrafos comenzada por la Real Academia de la Historia bajo la dirección de Juan Pérez de Tudela Bueso. El primer tomo (Madrid, RAH, 1983), y único aparecido hasta el momento a lo que se me alcanza, recoge básicamente material de la primera batalla. Empleo también esta edición y doy entre paréntesis el número de página seguido de las iniciales RAH para distinguirla de la de Avalle-Arce, de la que sólo doy entre paréntesis el número de página.

<sup>6</sup> Antonio Agustín recoge en su segundo diálogo las diferentes posibilidades de ordenación que se presentaban a los autores de este tipo de obras: "B.: ¿Qué orden se podrá tener en ellos? A.: Uno el de los tiempos, siguiendo los más antiguos primero. Otro el de la Dignidad, como es de los Reyes i de la sangre real, i de los duques i sus decendientes; i assí de otros de mano en mano. Otra orden sería por provincias, poniendo los de Cataluña i Aragón i Navarra i Castilla i León i Galicia i Portugal i el Andalucía i Valencia; o por otra orden, de las ciudades más principales. Otra orden sería seguir el ABC en sus sobrenombres" (*Diálogos de las armas i linages de la nobleza de España*, Madrid, Juan de Zúñiga, 1734, p. 14). Alguna de estas ordenaciones las tuvo presentes Oviedo y respetó en el interior de cada diálogo la cronológica.

Pero pronto nos topamos con la confesión de la dificultad de plegarse a esa regla, juzgada excesiva por una personalidad acostumbrada a la digresión y el excursu y familiarizada en exceso con los métodos del pintor Orbaneja. Estas peculiaridades de su pluma afectan de forma considerable a la estructura de la obra, pues pronto debió de advertir que el sistema organizativo se compadecía mal con la proverbial soltura de su mano y, en flagrante contradicción con el propósito inicial, renuncia a él de manera expresa en más de un lugar de las *Batallas*:

Dicho tengo en otra parte questos diálogos no los reglamos como si estos señores de quien tratamos se oviesen de asentar en Cortes, o en algún colegio o orden, por su precedencia y ancianidad, o por sus títulos o excelencias de sus estirpes y ilustres genealoxías, sino seguimos nuestra memoria... (p. 181 RAH).

A pesar de ello, cada uno de los diálogos suele ceñirse en líneas generales al diseño informativo con que habían sido pensados para su inclusión en las *Batallas*, obra que pretendía ofrecer un conjunto de noticias nobiliarias que iban desde la genealogía de los individuos hasta los avatares de la casa a que pertenecían, sin olvidar los datos particulares del sujeto, con especial atención a la descendencia y enlaces. A estas informaciones históricas y genealógicas se añaden para completar el diálogo el cálculo de la renta solariega y el apartado dedicado a la heráldica que sistemáticamente acostumbra cerrar la unidad conversacional.

Hemos de aceptar, pues, que lo que llega ahora hasta nosotros es una serie de diálogos escritos poco más o menos a lo que saliere, pero sin olvidar que lo pergeñado no constituiría en la voluntad del artífice sino unos borradores que, según confesión del propio Alcaide, quedan incluso abiertos a la admisión de los resultados de nuevas investigaciones nobiliarias en curso:

Quanto a lo que dezís que os diga si el Duque de Maqueda 2º fue caullero del Tausón de Oro, yo os digo que no lo sé, pero en tanto questos nuestros diálogos sescriuen en limpio se sabrá, e si lo es ponerse han sus armas adelante con el collar de la empresa (p. 86).

No es, pues, peregrino pensar que, una vez finalizada la obra, bien pudieran haber tomado una ordenación coherente con respecto a criterios definidos por la misma materia de que tratan. Así lo hace intuir el caso de la agrupación de los diálogos en torno a las Comunidades castellanas, sección de la obra en que puede observarse un diseño más compacto y una mayor trabazón tanto formal como temática<sup>7</sup>. Desgraciadamente, la inexistencia de un prólogo o diálogo intoductorios nos ha privado de algo parecido a una declaración de intenciones en donde podrían haber tenido cabida datos tales como finalidad de la obra, razones últimas de la elección del género conversacional, identidad de los contertulios, formas de proceder en la charla, etc. Estas y otras noticias pertinentes, entre las que conviene no olvidar ciertas indicaciones sobre coordenadas espaciales y temporales, son moneda común a casi todos los diálogos renacentistas<sup>8</sup>. Lo trunco del trabajo de Oviedo ha eclipsado los

<sup>7</sup> El propio Oviedo fue consciente de esa singularidad, pues advierte en lo que Diego Clemencín calificó de prólogo a la segunda quinquagena de la segunda batalla: "En estos infelices comuneros se terná otra manera de estilo de la que se ha tenido hasta aquí... y por tanto los porné todos en un capítulo, pero distinguiéndolos por párrafos en la manera siguiente" (*Elogio de la Reina Católica Doña Isabel*, Madrid, Sancha, 1820, p. 223).

<sup>8</sup> Véase el estudio de Jesús Gómez citado más arriba, pp. 25-42. También puede consultarse: Mustapha Kemal Bénouis, *Le dialogue philosophique dans la littérature française du seizième siècle*, The Hague-Paris, Mouton Press, 1976, pp. 172-192.

preliminares; pero ello no impide que a lo largo de la obra podamos hacernos una idea somera de estos y otros extremos que ahora querría detallar.

En cuanto a la intención que le anima, apunta el autor en varios lugares su propósito didáctico entroncado en la vena literaria de la celebración de los varones ilustres, de larga tradición desde la Antigüedad y renovada al final de la Edad Media al calor del culto genealógico que Robert B. Tate, en oposición a José Luis Romero, ve ligado a las continuas tensiones surgidas a finales de la Edad Media entre la monarquía y la nobleza<sup>9</sup>:

A.: Muy grandes juizios y reprehensiones esperamos deste trabajo en que vos y yo nos auemos puesto con intención de penssar que a estos caualleros y sus subçesores y parientes hazemos buena obra en memorarlos, y a nosotros causando alguna buena rrecreaçión onrrando la patria con nuestros diálogos, y avisando a los virtuosos ánimos que fueren inclinados a nobles e onestas liçiones... (p. 431).

Las alusiones se concretan en el intento de superación de los modelos más cercanos, los de Fernán Pérez de Guzmán y Hernando del Pulgar, sin olvidar a mosén Diego de Valera, Enríquez del Castillo, y aun a Lucio Marineo Sículo, a quien trata de emular en la información sobre rentas y bienes de las casas biografiadas:

A.: E porque avnque sus debdos sepan su estirpe, es bien que otros que lo ynoran lo sepan, pues lo callaron Hernán Pérez de Guzmán, señor de Batres y buen cronista, e Hernando del Pulgar (...) e no sé por qué no onraron con él sus mismos tractados de claros varones de España, en que yo no les hallo desculpa, si no lo dexaron (como en otra parte lo he dicho) por no hablar en los que biuían en tiempo de esos escriptores (p. 25).

Ahora bien, esta superación no toca exclusivamente al campo de la información y mayor detalle en el oficio de historiador, sino que se extiende igualmente a la forma adoptada, el diálogo, sentida en este campo de la conmemoración de los prohombres como novedosa:

A.: *Est quoque cunctarum novitas carissima rerum.* La novedad es la cosa más amada de todas. Vos lo veis bien apuntado de suso, y aunque no sea nuevo, como dezís, hablar o escreuir en las vidas de los varones ilustres e que muchos lo ayan hecho, nueva cosa es la forma con que vos y yo lo haremos en estos nuestros coloquios e diálogos, en especial en España, donde se ha tenido mucho descuydo por los que antes que nosotros lo pudieron dexar escripto... (RAH 415).

<sup>9</sup> Robert Brian Tate, *La historiografía en la España del siglo XV*, en *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 286-87. Del mismo autor conviene consultar sus ediciones de Fernán Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas*, London, Tamesis Books, 1965, especialmente p. XIX, y de Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*, Madrid, Taurus, 1985. Compárese con la opinión de José Luis Romero en *Sobre la biografía española del siglo XV y los ideales de vida*, en *Cuadernos de Historia de España*, 1-2, 1944, pp. 115-38, quien habla del influjo de las nuevas corrientes historiográficas del Humanismo italiano, volcadas hacia la biografía. Véase también el artículo clásico de Francisco López Estrada, *La retórica en las Generaciones y semblanzas de Fernán Pérez de Guzmán*, en *RFE*, 30, 1946, pp. 310-52. Y el complementario de Carlos Clavería, *Notas sobre la caracterización de la personalidad en las Generaciones y semblanzas*, en *Anales de la Universidad de Murcia*, 10, 1951-52, pp. 481-526. Consúltese, por último, el jugoso prólogo de Pérez de Tudela a la edición de las *Batallas* ya citada, en donde se advierte de que "un intento como el de las *Batallas* sería inimaginable (...) si no es dentro del sentimiento ortodoxo de la sociedad estamental, y más particularmente bajo el inveterado concepto de la sociedad como necesariamente constituida por la esencial dualidad de plebeyos y nobles" (p. XLVII).

Parece entreverse en el parlamento del Alcaide un cierto matiz de reproche a los que le precedieron en la tarea por no adoptar el molde conversacional, ya muy bregado por aquel entonces en la difusión de la más variada temática. Lo que se podía encontrar en el género dialógico tocante a la tradición en que Oviedo incardina su obra, no pasaba en la fecha de ciertos atisbos de panegírico de alguna casa noble, o de la exposición de determinados hechos históricos que iban tomando cuerpo en la conversación de los dialogantes al hilo del tema mayor, al que servían como remansos o excursos<sup>10</sup>. El mismo Juan Sedeño, cuando en 1551 da a la imprenta medinense de Diego Fernández de Córdoba su *Summa de varones illustres*, adopta el manido esquema que la tradición le había legado, a pesar de ser autor de varios coloquios<sup>11</sup>. Oviedo confiesa haber recibido un eficaz estímulo al leer la publicación del de Arévalo<sup>12</sup>, pero, con una conciencia clara de innovación, adopta un cañamazo diferente, el del diálogo, muy ligado a los nuevos aires renacentistas. Quizás en fechas cercanas, Antonio Agustín hubiese comenzado ya los apuntes para la redacción, también inconclusa e inédita, de sus *Diálogos de las armas y linajes de la nobleza de España*, obra de objetivos más concentrados y que en parte responde a un intento de divulgación de la genealogía y la heráldica, tan cultivadas en la España de la segunda mitad del siglo XVI<sup>13</sup>. Pero las *Batallas* sobrepasan con creces el límite de la heráldica y hacen entrar la crónica de varones ilustres y los memoriales en el esquema formal de los diálogos renacentistas<sup>14</sup>.

Es lástima que la obra carezca de prólogo conocido, pues cabría esperar de la pluma de Oviedo alguna información pertinente que acudiese a justificar las razones que le inclinaron a elegir el

<sup>10</sup> Así en el *Diálogo del cazador y del pescador* de Fernando Basurto del que no me resisto a copiar un intercambio de palabras entre los dos dialogantes sobre la genealogía de los Luna para que se observe el paralelismo de recursos y el común interés por la heráldica: "C.: Lo que te pregunto es que a qué fin aquel cavallero de Luna se nombró Martínez de Luna, pues no sin algún misterio se precian los Lunas de aquel apellido que está puesto como palabra entre renglones entre don Juan y la Luna. P.: (...) Havéis de saber que aquel Martínez señala la diferencia destes dos linajes de Luna que hay en España, y porque el Martínez tiene la Luna no sigue los otros Lunas (...). Y con esto os digo que miréis la luna que tiene el conde [de Morata] por armas, y por el campo de sangre donde está puesta y la vanderá quadrada a manera de guión conoceréis cómo es de los Martínez de Luna, que por esso es señor de la casa de Illueca, porque es rama salida del mesmo tronco, como sus antecessores lo fueron..." (Empleo mi edición, publicada en el nº 1 de la colección filológica "Larumbe", Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1990, p. 47).

<sup>11</sup> Véase la edición que Pedro M. Cátedra hizo de los *Coloquios de amor y bienaventuranza*, Barcelona, "stelle dell'Orsa", 1986 y su interesante introducción.

<sup>12</sup> El mismo Juan Bautista Avallé-Arce dedicó unas páginas a la relación de Sedeño con Oviedo; *Vid.: Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, en *Dintorno de una época dorada*, Madrid, Porrúa Turanzas, 1978, pp. 126-28.

<sup>13</sup> La opinión del editor es "que empezó a juntar materiales en Salamanca, que prosiguió la misma diligencia en los ratos desocupados de lo restante de su vida, según se le iba ofreciendo; i que se puso a ordenarlo de propósito siendo Obispo de Lérida". Lo que sitúa el inicio del largo proceso de confección en 1532, y el de la redacción en firme a partir de 1564 cuando Agustín vuelve de Trento a ocupar la sede catalana de la que era titular desde 1561. Gregorio Mayáns y Siscar, *Vida de D. Antonio Agustín*, arzobispo de Tarragona, Madrid, Juan de Zúñiga, 1734, p. 157. Puede consultarse para mayor detalle bibliográfico el estudio de Aurora Egido, *Numismática y literatura: De los Diálogos de Antonio Agustín al Museo de las Medallas de Lastanosa*, en *Estudios sobre el Siglo de Oro. Homenaje a don Francisco Ynduráin*, Madrid, Editora Nacional, 1984, pp. 209-28.

<sup>14</sup> Oviedo parece haber captado con precisión la labilidad del género, lo que Antonio Prieto ha denominado de manera muy justa la permeabilidad del diálogo, característica que, como muy oportunamente ha anotado Pedro M. Cátedra, no es exclusiva de los coloquios. Antonio Prieto, *Nota sobre la permeabilidad del diálogo renacentista*, en *Homenaje al profesor Francisco Ynduráin. Estudios sobre el Siglo de Oro*, Madrid, Editora Nacional, 1984, pp. 367-81. El apunte de Cátedra en la edición de Sedeño ya citada, p. 52, n. 34.

diálogo como vehículo de sus investigaciones nobiliarias. Algo, sin embargo, se puede intuir, al margen de su voluntad de ensayar el trasplante de este género conmemorativo a la nueva forma renacentista. Oviedo, perfecto cortesano, curtido en los modos y maneras palaciegos de la corte de los Católicos y del duque de Calabria, conversador empedernido, encuentra en el diálogo una forma de dar rienda suelta a su pasión por la charla animada y atisba además la vía para emplearla en altos menesteres historiográficos. Con ello nuestro autor se sitúa en la línea de tantos hombres de letras que simulan en sus obras transcribir armónicas tertulias, cuyos temas trascienden el limitado círculo de asistentes y encuentran destinatario en otro mayor proporcionado por la imprenta. Es el conocido caso de la reunión en la finca del duque de Urbino, base de *Il Cortegiano* de Castiglione; o el de la estancia de Coriolano en las afueras de Nápoles, trasunto de las reuniones a que acudía Juan de Valdés y germen de su *Diálogo de la lengua*; o es, por último, la tertulia de la casa de Hernán Cortés, acicate para la confección de los *Diálogos muy sutiles y notables* de Pedro de Navarra, señor de Labrit, entre cuyas páginas, por cierto, figuran los *Diálogos de la diferencia del hablar al escribir*, que se hacen eco de cuestiones teóricas previas al tratamiento de la *elocutio*<sup>15</sup>.

Es lógico, pues, que sean varias las servidumbres al ámbito de la palabra hablada y de la dramatización que derivan de la elección del género. El diálogo pone en juego deliberadamente toda una serie de recursos que tienden a mover al lector-auditor y captar sus afectos<sup>16</sup>. Es ventaja destacada frente al discurso científico y baza que Oviedo juega desde el propio comienzo de muchos de sus diálogos. Estos cuentan en sus inicios, por norma general, con alguna intervención de los conversantes tendente a captar la atención mediante promesas, acompañadas en más de un caso por alocuciones y exclamaciones: "Estad atento e oyrés cosas muy diferenciadas de todo quanto avéis oído o leydo e casos no vsados nj vistos, y nuevas maneras de fraudes e trayçiones" (p. 423). Asegurados el asombro y la extrañeza del caso, queda tendido el señuelo para la escucha o la lectura subsiguiente.

Los diálogos que dedica nuestro autor al capitán Alonso de Carvajal, señor de Jódar, y a su hijo pueden resultar un buen ejemplo. Inicia la conversación allí el Alcaide con un patético comienzo, pòrtico a la alabanza fúnebre en honor de los que murieron en la batalla de Rávena: "¡Cuán apartadas! ¡Cuán estremadas! ¡Cuán desconformes y diferentes son nuestras vidas!". No faltan en ella las invocaciones a la elocuencia necesaria para cantar dignamente las hazañas de los allí presentes: "Quisiera yo agora para contar sus valores e méritos aquella habilidad e ornamento e façilidad de la lengua de Çiçerón". Ni las confesiones de falsa modestia concentradas en ese "brozno y

<sup>15</sup> Los ha editado y prologado Pedro María Cátedra en Barcelona, "stelle dell'Orsa", 1985. Aurora Egido, en *Literatura efímera: oralidad y escritura en los certámenes y Academias*, trata de estos casos como preliminares, aunque de signo bien distinto, a la posterior exteriorización dramática de las sesiones académicas. Su artículo puede leerse ahora en *Fronteras de la poesía en el Barroco*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 138-63, pero especialmente: pp. 142, 149 y 155. Hay apreciaciones jugosísimas y bibliografía muy abundante sobre oralidad y escritura en su trabajo *Contar en La Diana*, recogido en Yves-René Fonquerne y Aurora Egido, (eds.), *Formas breves del relato*, Zaragoza, Universidad-Casa de Velázquez, 1986, pp. 137-56.

<sup>16</sup> Los teóricos italianos que se ocupan con posterioridad de este género destacan esa particularidad del diálogo con respecto al tratado discursivo, resumida por Luisa Mulas en el siguiente párrafo en que retoma a Pallavicino: "Ma soprattutto il dialogo differisce dal discorso scientifico per la sua capacità di rendere meno incerto nel lettore il possesso della verità. Il discorso scientifico rifiuta, come contrastanti con la serena ricerca della verità, le armi della persuasione retorica, il ricorso ai sentimenti, le amplificazioni, e perciò lascia il lettore non solo senza diletto, ma anche inerme di fronte ad una falsa opinione che lo aggredisca con le frecce penetranti degli affetti" (Luisa Mulas, *La scrittura del dialogo. Teorie del dialogo tra cinque e seicento*, en Giovanna Cerina, Cristina Lavinio, Luisa Mulas [eds.], *Oralità e scrittura nel sistema letterario*, Roma, Bulzoni, 1982, pp. 262-63).

descompuesto estilo" de su voz, contrapuesto a la deseable conjunción de "facilidad e grado y proporcionado curso" que para exponer el suceso le sería necesaria. Y para culminar el preámbulo nos avisa del final patético, generoso en muertes y desdichas entrevistas en esas "ensangrentadas e tristes conclusiones que la desapiada [sic] ventura suya les dio" (p. 38). Recursos todos ellos del *attentum parare* prologal entre los que se desliza la inevitable alusión a la oralidad. El Alcaide mentando el discurso hablado no se dirige exclusivamente a su interlocutor: "para que contando lo que les compete con verdad (...) vos me oyérades e quantos quisieren saber las obsequias diferentes e acabamiento", sino igualmente, y apoyado en ese difícil deslinde entre ver, oír y leer<sup>17</sup>, a los posibles destinatarios de su texto: "para que (...) mescuchasen los lectores con entera atención".

El elogio comienza por la genealogía, con lo que se ajustan la intención cronística del autor, su fuerte sentimiento nobiliario y uno de los posibles inicios de la *laus*<sup>18</sup>: "Digo queste linaje de Caruajal es antiguo e noble, e la casa deste cauallero es mayoradgo en la çibdad de Baeça donde fue natural" (p. 38). No existen fisuras entre las recomendaciones retóricas y una ideología caballeresca orgullosa defensora de la herencia de la sangre. Pero si el individuo ha traicionado a su stirpe y la semblanza exige el vituperio, Oviedo echa igualmente mano de recursos conocidos para justificar la falla en el sistema genealógico: "no es cosa nueva de padres sabios salir hijos traviesos e rreboltosos" (p. 216). Quintiliano, por dar un ejemplo, recogía ya el apunte en su *Institutio*: "Qui omnis etiam in vituperatione ordo constabit, tantum in diversum. Nam et turpitudinis generis opprobrium multis fuit, et quosdam claritas ipsa notiores circa vitia et invisos magis fecit"<sup>19</sup>.

Pero hay aún otros tributos del diálogo al ámbito de la oralidad, como, por ejemplo, la integración de lo escrito en el curso de la conversación. Ya se ha dicho que la memoria del Alcaide es el manantial mayor del que surgen las informaciones sobre los individuos objeto de la semblanza. Pero no pocas veces los datos son introducidos en la conversación como fragmentos surgidos de la lectura, recordada mentalmente o presente en el momento del intercambio dialogal. La letra y el libro son autoridades incuestionables que asisten al escritor cuando no puede esgrimir un argumento tan de peso como el haber conocido y tratado al biografiado o el haber sido testigo de vista del acontecimiento referido<sup>20</sup>:

<sup>17</sup> *Ver, oír, leer...* es el título del conocido artículo en que Margit Frenk Alatorre trata de estos asuntos. Puede consultarse en: Lía Schwartz Lerner e Isaías Lerner (eds.), *Homenaje a Ana María Barrenechea*, Madrid, Castalia, 1984, pp. 235-240. También de la misma autora: *Lectores y odores. La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro*, en *Actas del VII Congreso Internacional de Hispanistas (Venecia, 1980)*, Venecia, 1982, pp. 101-23. Y *La ortografía elocuente (Testimonios de lectura oral en el Siglo de Oro)*, en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, I (agosto 1983)*, Madrid, Istmo, 1986, pp. 549-56.

<sup>18</sup> "Ante hominem patria ac parentes maioresque erunt quorum duplex tractatus est", recomienda Quintiliano. Empleo la edición de la *Institutio oratoria* hecha por Jean Cousin, Paris, Les Belles Lettres, 1976, III, 7, 10.

<sup>19</sup> *Ibidem*, III, 7, 19. Vid.: Heinrich Lausberg, *Manual de Retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la Literatura*, Madrid, Gredos, 1966, § 245.

<sup>20</sup> Es ésta nota que se deja sentir en buena parte de los diálogos de la época. Por poner algunos ejemplos, sirvan estos dos de Alfonso de Valdés y de Basurto: "CARÓN: ¿Vístelo tú eso, Mercurio? MERCURIO: Mira si lo vi y noté cuanto se hacía". (*Diálogo de Mercurio y Carón*, Barcelona, Planeta, 1987, p. 113. Y véase el comentario de Rosa Navarro Durán, la editora, en pp. XXXVIII-XXXIX). "CAZADOR: ¡O cuánto me holgaría que los nombres de algunos dessos cavalleros me declarasses, pues como testigo de vista lo puedes hazer!" (ed. citada, p. 42). Conviene no olvidar, sin embargo, que el empleo del artificio ha sido siempre fuente de credibilidad y verosimilitud. En el ámbito de la historiografía Gerbi cita ya el precedente de Tucídides y otros cronistas de la Antigüedad y del Medievo, cuya lección aprende bien Oviedo al confeccionar unas obras de tono "íntimo", en que rige "la preeminencia de la cosa vista sobre

A: Y porque en otras partes he dicho que hablo o tracto en estos diálogos principiando la historia en el cauallero que vi e conoscoí, esta presente no es desa calidad porque a este señor Maestre don Rodrigo Téllez Girón yo nunca le vi nj le conoscoí, non obstante que yo era nascido çinco años antes quel muriese. Pero hallé escripto en vn libro que mj padre escriuió para su acuerdo e memoria vn capítulo que dezía desta manera: El año de 1482 años, después de Sanct Johan fue el rey don Fernando a çercar a Loxa e estuvo çinco días sobrella... (p. 410)

A.: En aquel deu[o]to tractado de fray Ruberto, obispo de Aquino, dize así: En Arrímini predicando el glorioso sancto Antonio de Padua... (p. 428).

En otros casos, el testimonio escrito queda captado en la inclusión de los epitafios que coronan sepulturas o hitos conmemorativos; recogidos por extenso en el caso de los Gaytanes y los Pantojas (pp. 246-47), o en el de Juan de Padilla y María Pacheco:

A.: Yo ui aquel sitio, o solar, de la misma casa: estaua asolado e fecho muladar en parte. E vi allí puesta vna colupna e ençima vna piedra con vn letrero esculpido en ella que dezía: "Aquesta fue la casa de Juan Padilla e doña María Pacheco, su muger. En la qual por ellos e otros a su dañado propósito se allegaron, se ordenaron todos los leuantamientos, alborotos, trayçiones que en esta çibdad y en estos rreynos se hizieron... (p. 215).

Los mismos versos de Petrarca y Dante o suyos propios aducidos se incluyen con preámbulo similar. Y la manera en que se realiza la inserción en el discurso de las invenciones y letras de justadores que acompañan con asiduidad la información sobre los individuos no se aparta de estos cauces retóricos:

A.: Traía el Infante sobrel escudo de sus armas vn yelmo baúl de torneo abierto, con el rollo o dependencias de oro e azules e por çimera la fuente e rrió que avés oydo, e dize su letra:

"Quien me hizo y dio ser  
me saluó con mj querer" (p. 316).

El cambio de tiempo verbal del imperfecto de la narración al presente, muy normal en estas ocasiones, puede obedecer a la intención con que se pensó la obra, que contempla la pintura de las armas del linaje y el conjunto de invención y letra, recogidos en el manuscrito. Esta peculiaridad

---

la cosa referida por otro" (Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, pp. 279-283). Su convicción es tan arraigada que le lleva incluso a postular la superación, por su condición de testigo, de ejemplos venerados y bien provistos de las armas de la elocuencia. Así en múltiples pasajes de la *Historia general y natural de las Indias*, de la que escojo un ejemplo entre muchos: "referiré solamente, o quiero decir que de los hechos notables de los romanos poco supiéramos agora, si no hobiera quien los escribiese, así como Tito Livio en sus *Décadas*, e otros auctores: e aunque ésos mejor que yo lo supiesen hacer, nescesidad tovieron de ser informados de quien pudo testificar de vista lo que ellos con elegantes letras e pulido estilo sacaron a luz, e pusieron en perpetuo acuerdo para los venideros (...). Así yo, no para más de informar con verdad a quien lo quisiere saber e leer mi relación llana e simple, sin circunloquios, con la rectitud que el religioso debe testificar lo que vido, e como aquel a quien quiso Dios dar parte a esta peregrinación, contaré una historia..." (Edición de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1959, tomo V [BAE-CXXI], p. 373). Léanse las interesantes apreciaciones de Jeannette M. A. Beer, *Narrative Conventions of Truth in the Middle Ages*, Genève, Droz, 1981, especialmente las de su segundo capítulo, "Truth and the Eye-Witness", en donde recuerda que dentro de la concepción isidoriana de la historia que prevaleció durante la Edad Media, la importancia del testimonio personal llegó a relegar a un segundo plano las cuestiones formales.

queda reflejada en el nivel del lenguaje en verbos, adverbios y deícticos: "E ved estas armas desta casa, que no sé si al señor della le contentará este escudo que a mj paresçer éste es el que le conuiene e pertenesçe" (p. 330). "Las armas deste cauallero son las que aquí veys patentes, conforme a lo que dellas tengo dicho" (p. 423). Y en ella se intuyen restos del diseño primero de la finalización de los diálogos. El Alcaide aludía a una procesión contemplada a la manera de los triunfos y de los desfiles descritos en tantas relaciones de solemnidades<sup>21</sup>, de los que son un buen ejemplo literario la *Questión de Amor* y otras obras del ámbito de la ficción sentimental. Los individuos se acercaban a él y le hacían entrega de sus armas e invenciones que a continuación son referidas y descritas:

A.: Esto y más comprehenderés por sus versos, los quales con el retracto de aquel rico joyel me dio. E pasó adelante e púsose a la mano siniestra del serenísimo rrey don Manuel de Portugal (p. 459).

A.: Así como llegó a nosotros me dio vn debuxo de su pintura e muy al proprio de la medalla, e los versos que agora diré. E fuese a juntar donde le atendía el señor don Enrique Enríquez e el Duque de Viseli, e prosiguieron tras el serenísimo rrey don Phelipe (p. 465).

Es éste asunto que merece consideración aparte, pues se conjugan en él algunas de las pasiones más tenazmente sostenidas por Oviedo. Su exacerbado sentimiento nobiliario y su interés por la ciencia del blasón van de la mano aquí con su fervor por la poesía. Todas estas querencias convergen en la recopilación de invenciones y letras de justadores que figura por norma general en el interior de cada diálogo. En una considerable proporción estas muestras ingeniosas de la lírica han tenido que salir necesariamente de su pluma, a juzgar por los datos que en ellas se incluyen. El propio Alcaide alude, en contexto relacionable con las invenciones, a una de las razones que le habrían llevado a escribir los diálogos:

Pues que no començé esto para predicar como viejo, sino para echar ya de mí estas moçedades de versos fechos, como en otra parte he dicho, con otros cuydados. Yo los oujera dexado más olvidar, si no ouieran salido de mj poder (parte dellos) mucho tiempo ha, sueltos e sin estos comentarios, y vna de las cosas que me han obligado a este trabajo en que está es porque anden menos corruptos o mal escriptos de lo que he visto algunos pedaços o partes desta materia en diuersas manos (p. 324).

El comentario resulta oscuro por cuanto no se conoce ningún poema de Oviedo impreso en su época; aunque son bien públicos sus intentos de acercamiento a la lírica; los mismos que desembocan en las ínfulas de novedad con que entrega los rípios de las *Quinquagenas*: "Se hizo todo el volumen en versso común castellano, e por nueuo estilo (llamarle emos segunda rima) por

<sup>21</sup> Claro que también es posible la influencia del esquema lucianesco adoptado por Valdés en su *Diálogo de Mercurio y Carón*. Los dos protagonistas contemplan el desfile de ánimas hacia su destino último. Sin olvidar que los momos cortesanos se conciben en muchas ocasiones como una procesión de caracteres que dicen su parlamento y dejan paso a otros. Véase para esta cuestión: N.D. Shergold, *A History of the Spanish Stage from Medieval Times until the End of the Seventeenth Century*, Oxford, Clarendon Press, 1967, pp. 125-36. Y Eugenio Asensio, *De los momos cortesanos a los autos caballerescos de Gil Vicente*, en *Estudios por:ugueses*, Paris, Fundação Calouste Gulbenkian, 1974, pp. 25-36.

que, de dos en dos versos, procede e se forman tres quinquagenas en que se contienen siete mill e quinientos versos..."<sup>22</sup>.

Su atracción por la poesía es manifiesta y le lleva a ofrecer en las *Batallas*, y en versión castellana, los endecasílabos de Dante y Petrarca y a dar su opinión respecto a la aclimatación de las formas italianizantes: "Y como veys, avnque tengan medida y sentençia es frialdad quitarle al verso castellano consonantes" (p. 292). Sus preferencias, a pesar de haber cultivado el soneto en Italia, según propia confesión (p. 425), se decantan abiertamente hacia la poesía de cancioneros, como demuestra el fervor con que habla de la figura de Cartagena. Oviedo dedica a este poeta del *Cancionero General* toda una serie de sentidas alabanzas y le homenajea en su diálogo con una composición en pareados octosílabos (pp. 67-70). No deja de ser sintomática esa admiración por un escritor del que nuestro cronista destaca precisamente su cualidad de "único poeta palanciano con los de su tiempo" y de quien Hernando del Castillo escogió los comentarios a invenciones y letras de justadores para iniciar esta sección de su antología<sup>23</sup>. No debe extrañarnos, pues, la dedicación de Oviedo a estas tareas poéticas que se encuentran a medio camino entre la ciencia del blasón y las ingeniosidades del cancionero. Por más que pueda resultar difícil de entender a nuestra sensibilidad actual, estas composiciones contaban con el favor de los lectores, a juzgar por el puesto destacado que les dedica la impresión valenciana de 1511 y que les reservan, sin apenas cambios, todas las sucesivas reediciones<sup>24</sup>. Todo ello viene a confirmar lo que José Manuel Blecua advirtiera sobre la importancia de la lírica cancioneril en el siglo XVI, olvidada injustamente por una historia literaria sólo atenta a destacar las innovaciones de los poetas italianizantes y su amplificado pleito con los casticistas<sup>25</sup>. Nuestro cronista pudo encontrar en ellas una vía de escape a las normas estrechas que rigen los códigos heráldicos y dar rienda suelta a la imaginación emblemática con el cultivo de un género poético que, lejos de imponer las armas del linaje al individuo, deja a éste la libre elección de motivos<sup>26</sup>. Su dominio del blasón y el conocimiento de la faceta espectacular de la cortesanía, unidos a su interés por el cultivo de los versos, muy bien pudieron haberle llevado tempranamente a recopilar manuscritas estas muestras de lírica ingeniosa y aun a inventarlas en más de un caso, aprovechando sus buenos oficios de rey de armas. Muchos años después vería en sus diálogos una

<sup>22</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Las quinquagenas de la nobleza de España*, ed. de Vicente de la Fuente, Madrid, Real Academia de la Historia, 1880, I, p. 1.

<sup>23</sup> *Cancionero General recopilado por Hernando del Castillo, (Valencia, 1511)*, edición facsímil de la Real Academia Española con introducción, bibliografía, índices y apéndices por Antonio Rodríguez-Moñino, Madrid, 1958, ff. CXXXX-CXXXXI. Sobre su figura, véase el estudio de Juan Bautista Avalle-Arce, *Tres poetas del Cancionero General (I): Cartagena*, en *Temas hispánicos medievales*, Madrid, Gredos, 1974, pp. 280-315, especialmente las pp. 297-98 en donde el autor comenta la admiración de Oviedo por Pedro de Cartagena.

<sup>24</sup> Pueden consultarse los datos en la introducción de Antonio Rodríguez-Moñino a la edición facsímil del *Cancionero General* ya citada. Véase también su *Suplemento al Cancionero General de Hernando del Castillo*, Valencia, Castalia, 1959, especialmente p. 60. El *Cancioneiro Geral* de García de Resende (16RE), el *Jardinet de Orats* (BU1), el *Cancionero de Londres* (LB1), el *Cancionero* de Pedro del Pozo (MR1), el de Álvarez Gato y el de Juan del Encina (9GJE) reservan en mayor o menor medida un lugar para invenciones y letras de justadores. Vid: Brian Dutton, *Catálogo-Índice de la Poesía cancioneril del siglo XV*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1982.

<sup>25</sup> José Manuel Blecua, *Corrientes poéticas en el siglo XVI*, en *Sobre poesía de la Edad de Oro*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 11-24. El artículo había aparecido en el número 80 de *Ínsula* en el año 1952.

<sup>26</sup> "Timbre voluntario" lo llama en alguna ocasión Oviedo (p. 64). Es muy esclarecedor a este respecto el trabajo de Michel Pastoureau, *Aux origines de l'emblème: la crise de l'Héraldique européenne aux XV<sup>e</sup> et XVI<sup>e</sup> siècles*, en M. T. Jones-Davies (ed.), *Emblèmes et devises au temps de la Renaissance*, Paris, Centre de Recherches sur la Renaissance, 1981, pp. 129-36.

forma digna de dar salida a aquellas ingeniosidades, ahora acompañadas de las extensas notas explicatorias de sus "comentos". El propio Oviedo se delata en más de una ocasión como autor potencial de las invenciones y letras cuando saca a relucir el manejo de la obra de Plinio, o la suya propia, para su confección o cuando atribuye cimeras póstumas a los sujetos de sus diálogos<sup>27</sup>. Su proceder levanta cierta sospecha sobre la responsabilidad de los poetas áulicos en la autoría de las invenciones y letras que lucían los nobles en sus exhibiciones galanas<sup>28</sup>. Sea como fuere, las *Batallas* y *quincuagenas* demuestran el lugar privilegiado que ocupaban en los modos de relación social de la clase nobiliaria estas poesías de circunstancias, tan cercanas a los modos compositivos del emblema<sup>29</sup>. Los comentarios a que se entregan el Alcaide y el Sereno para tratar de desvelar las intrincadas relaciones entre la *res picta* de las cimeras y su *inscriptio* son sintomáticos de los enrevesados mecanismos que ligaban la invención propiamente dicha a los versos y constituyen un documento inapreciable para percatarse de cómo los conceptismos y juegos de palabras, junto con las alusiones a lugares comunes, y no tan comunes<sup>30</sup>, de la historia y la ciencia clásicas estaban en la base de estos pasatiempos de época.

Son éstos momentos que distraen de la aridez y monotonía en la exposición de las líneas de sangre. Una preocupación que parece estar presente en otros lugares de la estructura del diálogo y notablemente en la confección del cuerpo central de la información biográfica, muy a menudo aliviada también con la amenidad de la narración de una historia entretenida. Es ésta una de las estructuras más frecuentes en las semblanzas que Oviedo hace de sus personajes. El resultado es la inclusión de un buen puñado de anécdotas que ilustran los avatares del individuo. Éstas pueden ir desde los lances de ardor guerrero hasta los casos de amor más desesperados, pasando por las

<sup>27</sup> Así notablemente en la serie de los comuneros. Es de resaltar también lo extraño de las letras de nueve versos, pues lo reducido del soporte limitaba la extensión de la letra. Así lo entiende Juan del Encina en su *Arte de poesía castellana*: "Muchas vezes vemos que algunos hazen solo vn pie, y aquel no es verso ni copla, porque avían de ser pies y no solo vn pie, ni ay allí consonante pues que no tiene compañero; y aquel tal suélese llamar mote. Y si tiene dos pies, llamámosle también *mote o villancico o letra de alguna invención*, por la mayor parte. Si tiene tres pies enteros o el vno quebrado, también será villancico o letra de invención; y entonces el vn pie ha de quedar sin consonante según más común uso" (Francisco López Estrada, *Las poéticas castellanas de la Edad Media*, Madrid, Taurus, 1984, p. 90). Sólo las invenciones "literarias", como las recogidas en la ficción sentimental por ejemplo, suelen saltar los límites comunes de los dos, tres o, como mucho, cuatro o cinco versos.

<sup>28</sup> Es sospecha que comparte Joaquín González Cuenca, a quien agradezco la generosidad al permitirme consultar su *Ceremonial de galanes. Primera rebusca de invenciones y letras de justadores*, desgraciadamente inédito por el momento.

<sup>29</sup> No puede olvidarse tampoco su relación con el mote. *Vid.*: Maxime Chevalier, *El arte de motejar en la corte de Carlos V, en Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, 5, 1988, pp. 61-77. Y del mismo autor: *Le gentilhomme et le galant. A propos de Quevedo et de Lope*, en *Bulletin Hispanique*, 88, 1986, pp. 6-46. Y por su entronque con la corte del duque de Calabria: Jeanne Battesti-Pelegrin, *Le Libro de motes de damas y caballeros de Luis Milán: le jeu rhétorique*, recogido en el colectivo *La fête et l'écriture. Théâtre de Cour, Cour-Théâtre en Espagne et en Italie, 1450-1530. Colloque International France-Espagne-Italie, Aix-en-Provence, 6-7-8 décembre 1985*, Aix-en-Provence, Université, 1987, pp. 95-118. Reúno más bibliografía sobre el tema en mi comunicación *Libros de caballerías y poesía de cancioneros: invenciones y letras de justadores*, en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Salamanca, 1989 (en prensa). Edito allí en apéndice las del *Polindo* y el *Florindo*.

<sup>30</sup> "... trae pintado asimismo vn philótopho llamado Aristóphanes, que defendía al que cortauan la lengua, e da a entender a vn rrey que mandaua hazer aquella justicia que aquel era sin culpa. (...) E porque lo entendays mejor avés de ocurrir al comento que sobre Vitruvio, *De Architectura*, hizo el famoso doctor Çessar Çessariano..." (p. 231). Véanse también, entre otras, las invenciones de las páginas 49-50, 64, 153, 249, 322, 340...

facecias divertidas o las traiciones más sonadas. El esquema recuerda en más de un caso al de los *dicia et facta memorabilia*, ahora aplicado a personajes contemporáneos, de cuya conducta se extrae una enseñanza moral. Tiene sus indudables conexiones con la práctica de la *chria* en los *progymnasmata* en donde se pone en juego a la hora de trazar la alabanza o el vituperio en el género demostrativo<sup>31</sup>. El método le aleja y singulariza de los modelos establecidos por Pérez de Guzmán y Hernando del Pulgar. Mientras que aquéllos trazaban un retrato estático del personaje, nuestro escritor tiende, por lo general, a presentárnoslo en acción y a seleccionar uno o varios momentos destacados de su vida. En esas narraciones animadas es muy normal la adopción del estilo directo de la *sermocinatio*<sup>32</sup>; los personajes toman la palabra y entablan diálogo:

A.: Sí hizo, e si él creyera a su padre no herrara. Antes fue público que Pero López le dixo: «Mirad, hijo, lo que hazéys, ques mal acuerdo el que tomáys (...). Pero como tenía aquella escandalosa e vana muger al lado, pudieron más las persuasiones della quel consejo paternal de Pero López. E así sacó el fructo, conforme a su mala determinación (p. 215).

Las fuentes de que se nutre para dar "sal" a su exposición son variadas, aunque, en lo básico, esgrime un manejo eficaz de la historia menuda, proyectada en facecias graciosas y situaciones divertidas al margen de los grandes acontecimientos de las crónicas. Entre ellas tampoco desprecia la veta cercana al cuento folclórico aplicado ahora a protagonistas de carne y hueso<sup>33</sup>, en una amalgama muy común a la literatura renacentista española, señalada ya por los investigadores que se han ocupado del caso<sup>34</sup>. Denota su método la superación del antecedente medieval de los *exempla*, el abandono del tratamiento alegórico en aras de una interpretación individual e histórica<sup>35</sup>. Y deja patente su soltura en el manejo de la conversación cortesana y su oído atento a las recomendaciones sobre la virtud de la elocuencia en libros como el de Castiglione.

Pero la anécdota trasciende los límites de la nota escueta en ciertas semblanzas y Oviedo saca a relucir entonces sus dotes de narrador. Así, por ejemplo, el natural embaucador de don Pedro de Bovadilla (pp. 392-95), fraile dominico y corsario, le ofrece un buen asidero para explotar las posibilidades narrativas de una vida novelesca, cuya peripecia remite a engaños de corte folclórico, vertidos en alguna ocasión en parlamentos de estilo directo. La recreación de los agitados episodios apunta en tono y ambiente a los relatos cortos de aventuras: "E concertado con los de su compañía e acordado de andar en curso a ropa de moros, entró a ver vna buena carauela que estaua en el puerto so color de la compra, e desque fue dentro alçóse con ella e tiró su camino la buelta de Seçilia" (p. 393). Oviedo, al adobar la información estrictamente genealógica con estas incursiones narrativas, parece haber dado con la posible fórmula que salpicase de amenidad una temática necesitada de alivio para su seca exposición. Ya se ha dicho que es ésta una preocupación

<sup>31</sup> Puede consultarse al respecto: Alberto Blecuá, *La littérature apophtegmatique en Espagne*, en Augustín Redondo (ed.), *L'humanisme dans les lettres espagnoles*, Paris, Vrin, 1979, pp. 119-32, especialmente p. 121. Y también del mismo autor su introducción a la edición de *Las seiscientas apotegmas* de Juan Rufo, Madrid, Espasa-Calpe, 1972.

<sup>32</sup> Lausberg, ob. cit., §§ 820-825.

<sup>33</sup> Véase la historia del tuerto Juan González de Avellaneda y su mujer solidaria, destacada en sus implicaciones tradicionales por Avalor-Arce en p. 168, n. 215. O la del duque de Gandía y su gula, descrita en términos que recuerdan las exageraciones pantagruélicas (p. 462).

<sup>34</sup> De entre la abundante bibliografía, y al margen de las conocidas obras de Maxime Chevalier, véase el trabajo de María Teresa Cacho Palomar, *Cuentecillo tradicional y diálogo renacentista*, en Yves-René Fonquerne y Aurora Egido (coords.), *Formas breves del relato*, Universidad de Zaragoza-Casa de Velázquez, 1986, pp. 115-36.

<sup>35</sup> Alberto Blecuá, art. cit., pp. 120-21.

que parece asaltar de continuo el quehacer del autor. Y no es ajena a ella, como se ha visto, la elección del molde dialogal. La insistencia mostrada por el cronista en resaltar la variedad que a la materia otorga el curso sinuoso de las anécdotas narrativas, los excursos y las vueltas al hilo de la charla es un buen indicador de sus reflexiones al respecto; a la par que es indicio de esa habilidad áulica que el diálogo le permitía desplegar por medio de la mimesis conversacional: "A.: Paresçe este nuestro diálogo a lo que contesçe a los caçadores que van a buscar vna liebre e después que aquélla salta atrauíésanse muchas, e también las matan" (p. 306). No cabe mejor símil para describir el talante digresivo de la pluma oviedense que ahora puede emplearse a fondo en terreno familiar. El curso de la charla, con sus interrupciones y rodeos, permite proporcionar variedad a la obra y hacer amenos los conocimientos que se transmiten, a la par que confiere sensación de realidad al coloquio<sup>36</sup>. Valdés, años antes, había empleado en un remanso de su *Diálogo de la lengua* una feliz expresión que define la actitud con que encaraban los autores de coloquios esta cualidad<sup>37</sup>:

CORIOLANO: ¡A qué llamáis desaguaderos?

VALDES: Al juego, al vestir, al vanquetear, que son tres cosas que con la venida de su magestad en España an crecido en tanta manera, que os prometo que se siente largamente por todas partes.

MARCIO: No queremos saber nada desso. Proseguid en vuestros vocablos, que haze más al propósito.

VALDES: Soy contento, pero ya sabéis que estos paréntesis no son malos a ratos, como *entre col y col lechuga*<sup>38</sup>

Es fácilmente comprensible que Oviedo encontrase horma a su medida al ensayar una obra en que esos paréntesis de la *digressio* eran sentidos casi como imperativo genérico, muchas veces escorado hacia presupuestos adocrinantes. Su faceta de moralista se detecta ya ampliamente en su intercambio epistolar con el Almirante de Castilla, Fadrique Enríquez<sup>39</sup>, y apunta antes entre los parlamentos del *Claribalte* y, de manera notable, en la figura de esa doncella sabia y prudente que es Dorendaina. Tiempo después de ese pecado literario primerizo, parecidas preocupaciones sobre el matrimonio sin consentimiento paterno, antes expresadas por la heroína, siguen deslizándose entre los renglones de sus *Batallas*: "A.: No tengo yo por poco inconueniente casarse el hijo o la hija

<sup>36</sup> Véase a este respecto: Ana Vián Herrero, *La ficción conversacional en el diálogo renacentista*, en *Edad de Oro*, 7, 1988, pp. 173-86, especialmente p. 177.

<sup>37</sup> Es aspecto destacado por casi todos los escritores de diálogos. Valga este ejemplo de fray Juan de Pineda: "Ésta ha sido la causa de ordenar en diálogos este tratado de oración y contemplación, habiendo escrito los *Triunfos del Amor* en prosa suelta, para que si alguno se enfadare y cansare de leer capítulos sueltos, se recree leyendo las dudas que propone el discípulo y las resoluciones y determinaciones del maestro: que al fin la variedad alivia y entretiene en todo género de cosas...", *Diálogos de la conquista del espiritual y secreto reino de Dios*, en *Obras místicas*, Madrid, Bailly-Baillièrre, 1912 (NBAE-20), p. 35. Eva Kushner, entre otros críticos que se han ocupado del diálogo, ha llamado la atención sobre lo acabado de la conjunción amenidad-provecho en los coloquios. Éste sería uno más de los múltiples factores que favorecerían la amplia difusión del género en la Europa del Renacimiento (*Le dialogue de 1580 à 1630. Articulations et fonctions*, en *L'Automne de la Renaissance. 1580-1630*, Paris, Vrin, 1981, p. 153). Y también de la misma autora: *Réflexions sur le dialogue en France au XVI<sup>e</sup> siècle*, en *Revue de sciences humaines*, 148, 1972, pp. 485-501.

<sup>38</sup> Utilizo la edición de José F. Montesinos, Madrid, Espasa-Calpe, 1976, p. 148.

<sup>39</sup> Vid.: Juan Bautista Avallé-Arce, *Dos preocupados del Siglo de Oro*, en *Anuario de Letras*, 13, 1975, pp. 113-163.

sin licencia de su padre, antes os deue marauillar del que cometer puede tal desobediencia e cosa tan al reués de lo que desea el padre para su propósito"<sup>40</sup> (p. 59).

Prodiga más Oviedo el comentario moralizante que el propiamente distensivo, si exceptuamos las ya aludidas anécdotas que se incluyen en el grueso de la biografía de cada individuo, y que son susceptibles de ser interpretadas igualmente como *digresiones*<sup>41</sup>.

La *variatio*, que procura el *ornatus* de pensamiento y facilita por lo tanto la diversidad en el hilo de las ideas<sup>42</sup>, es sentida por nuestro autor como un lenitivo que puede aplacar el *tædium* de los lectores. Así lo expresa en varias ocasiones el Alcaide, por cuya boca se desliza la justificación retórica del empleo continuado de excursos, aparentemente salidos al paso de la charla. La recreación ficticia de una tertulia ofrece una coartada verosímil, por su referencia a las condiciones reales que favorecen la variedad, para poner en práctica sin violencia los procedimientos retóricos recomendados de cara a conseguir un resultado ameno. Es uno más de los factores que explican la difusión del diálogo didáctico en la época:

Algunas vezes me alargo a salir con algunos pasos que avnque paresçen fuera de la materia no caresçen de buena erudiçión e recreaçión para los que leen, porque esotras materias que se atrauesan o se inxieren no dañan el gusto, antes siruen de sal a los que sin pasión leyeren (p. 141).

La variedad necesitaba, sin embargo, de un correctivo en aras de la claridad y la eficacia. La tradición del diálogo se lo proporcionaba en la figura del interlocutor que va a mantener la conversación con el Alcaide, cuya memoria es fuente principal de información en la obra. La identidad de este segundo personaje, como ha deducido sagazmente el profesor Avalor-Arce, no estaba definida en los diálogos concebidos en un primer instante. Así lo atestigua el hueco que en

<sup>40</sup> Compárese con esta conversación de Dorendaina con sus padres: "...es verdad que muchas vezes me han pedido príncipes y cavalleros muy señalados. Y lo que estonçes tenía propuesto es lo que agora tengo de hazer, que será escojer vosotros quién ha de ser mi marido, y yo obedecerle como a tal, aunque fuesse el más pequeño siervo del mundo" (*Libro del muy esforçado e inuencible Cauallero de la Fortuna, propiamente llamado don Claribalte*, Valencia, Joan Viñao, 1519, f. XIX r). En la misma línea se encuentra su condena de los matrimonios clandestinos en las páginas 57-58 de las *Batallas*. Y recuérdese que en el *Claribalte* logra nuestro autor un difícil compromiso entre la servidumbre que el tópico caballeresco le imponía y su acusada vena de moralista: el Gran Sacerdote sanciona, aunque sólo dentro del ámbito familiar, la unión secreta de don Félix y Dorendaina. De esa manera, con la semiclandestinidad del matrimonio se asegura lo ejemplar de la conducta de los héroes y se permite el desarrollo de la intriga con respecto a los cánones genéricos: en ausencia del marido, la princesa Dorendaina queda expuesta por su maternidad a sufrir el rigor de la ley de Escocia. Digo algo de todo esto en mi artículo: *El desvío del paradigma de género en el Claribalte, novela de caballerías de Gonzalo Fernández de Oviedo*, en Salastano. *De interpretación textual*, Huesca, Colegio Universitario, 1985, pp. 99-119. Pero el asunto reclama un tratamiento más espaciado que ponga al día las clásicas páginas de Justina Ruiz de Conde, *El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías*, Madrid, Aguilar, 1948. Véase también: Reyna Pastor, *Para una historia social de la mujer hispano-medieval. Problemática y puntos de vista*, en *La condición de la mujer en la Edad Media*, Madrid, Casa de Velázquez-Universidad Complutense, 1986, pp. 187-214. En la página 199 se apunta agudamente la problemática jurídica, esto es la existencia de un matrimonio de "pública fama" o de "maridos reconocidos", posterior a los casamientos clandestinos, o de *juras in manu clericis*.

<sup>41</sup> Vid.: Lausberg, § 342 y 290.2, donde se habla de la *narratio* particular como *digressio*.

<sup>42</sup> *Ibidem*, § 257.2.b. y 539. Puede consultarse el trabajo de Aurora Egido, *La variedad en la Agudeza de Baltasar Gracián*, ahora recogido en *Fronteras de la poesía en el Barroco*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 241-58. Allí se habla de las implicaciones del concepto de variedad en la estética barroca y se comentan sus precedentes.

el manuscrito encabeza, en esos primeros coloquios, las réplicas de quien después será el Sereno. Sólo *a posteriori*, cuando Oviedo haya dado con el nombre del compañero del Alcaide, su designación quedará justificada con respecto a las funciones que le cabe desempeñar en el propio intercambio dialogal<sup>43</sup>:

A.: En mucha más obligación me parece que os quedarán a vos, porque, aunque en algunas cosas de las que tractamos yo querría ser breve, e en otras, como ombre, no me acuerdo de algunas çircunstançias o pasos que son dignos de memoria, no consentís ni days lugar a mis inadvertençias c descuydo, y lo preguntáys, como prudente, quadrando vuestro Sereno nombre (que es clarificar e poner en luz), ilustrando nuestros coloquios; por lo qual todas las graçias y loores se os deven (p. 77 RAH).

Por lo demás, el manido esquema didáctico consustancial a gran número de diálogos que tienen por objetivo el trasvase de información de un interlocutor a otros suele condicionar toda una serie de categorías aplicables por parejas opuestas a los dialogantes: viejo/joven, sabio/ignorante, mesurado/fogoso, etc. Este esquema, sin embargo, no funciona en todas las dimensiones acostumbradas en nuestra obra: el Alcaide-maestro responde a las preguntas de quien, más que discípulo, parece simple compañero de tertulia. El Sereno, pues, asume el papel de *domandatore*, pero lo hace desde una posición intelectual, no muy distante de la del Alcaide, de cuya ancianidad tampoco parece encontrarse muy alejado cronológicamente, según propia confesión: "Pasemos adelante e démonos prisa que estamos muy canos e cansados<sup>44</sup>" (p. 423). Si acaso, se deja sentir el eco de una mínima distancia intelectual en la confesión del Sereno respecto de su desconocimiento del toscano y en sus demandas de aclaración del significado de algunos términos específicos empleados por el Alcaide:

... vna palabra os hoy poco ha que no la entiendo, ni quiero que aposiente en mi memoria cosa dubdosa o mal digesta (...). Y es que en aquellas quadermas de los estados de Cataluña que nombrastes, dixistes más de una vez que la quarta perssona que se llama valuassor, e querría saber qué título es aquéste (p. 108).

Aunque conviene no olvidar que en muchos de estos casos el imperativo didáctico, esgrimido explícitamente y aun aceptado de buen grado por el Alcaide, es la razón última de las preguntas:

A.: Yo os diré lo que supiere en esto; aunque sé y conozco que lo que me preguntáis, o lo más dello, lo avréis antes de aora entendido de otros, o leydo parte dello. Pero como este nuestro coloquio ha de aprovechar a otros que no lo sepan, no es inconveniente deciros a vos lo que savéis (p. 34 RAH).

<sup>43</sup> Véase a este respecto: Jacqueline Ferreras, *Del diálogo humanístico a la novela, en Homenaje a José Antonio Maravall*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1985, III, p. 350. Ana Vián Herrero, *La mimesis conversacional en el Diálogo de la lengua de Valdés*, en *Criticón*, 40, 1987, p. 50, y Jesús Gómez, ob. cit., p. 26. Sus trabajos destacan de una manera u otra la identificación entre los protagonistas y la función que asumen en el proceso de la obra.

<sup>44</sup> Quizás no sea de despreciar el peso de la tópica de la conclusión ya estudiada por Curtius y aplicada felizmente por Dámaso Alonso al caso del clérigo riojano, por cuanto el comentario se sitúa en el tramo final de un diálogo y muy bien pudiera funcionar a modo de conclusión. Pero lo que me interesa destacar aquí es el sentimiento compartido del peso de los años. Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, I, V, § 5; Dámaso Alonso, *Berceo y los topoi*, en *De los siglos oscuros al de Oro*, Madrid, Gredos, 1964, 2ª ed., pp. 74-85.

Desde estas premisas, la conversación parece establecerse en un clima de armonía presidido por la relación entre iguales. Es por eso normal que no pocas veces acuda la memoria del Sereno en ayuda de los pequeños olvidos de su compañero de charla y que los recuerdos más frescos de aquél, también lector de crónicas y oídor de chismes cortesanos, completen la información del propio Alcaide. Por lo mismo, las experiencias vividas en propia piel por el Sereno u observadas como testigo de vista en sus más recientes visitas a la metrópoli, son invocadas por el primero para rellenar sus lagunas: "A.: Veys aquí lo que a mí me dixeron estando yo en la costa de la Tierra Firme, (...). Vos estáuades en España e sabrés mejor esto..." (p. 337). La técnica, en algún momento, demuestra un buen manejo, aunque esporádico, de los recursos del diálogo para transmitir con el desdoblamiento de personajes las más que comprensibles dudas de un anciano memorioso:

S.: Mirad que lo dezís al revés, porque me han dicho quel don Johan Pimentel fue padre del marqués de Távara (...)

A.: Es o deve ser así e yo lo vi. E podría ser que me engañase en llamar al Pedro, Juan, e al Juan dezirle Pedro. Pero ellos fueron buenos cavalleros e hermanos deste conde 4º (p. 126 RAH).

En consonancia con esta línea, pocas son las intervenciones que recuerden el tan prodigado modelo de oposición entre quien responde y su inquisidor. El enfrentamiento o las reticencias suelen en otros diálogos ir jalonando los cambios de temática<sup>45</sup>. En la obra de Oviedo, por el contrario, todo lo más que encontramos es alguna tenue referencia apuntada aquí o allá: "A.: Así que este señor Almirante, por no me detener (y porque me paresçe que ay bien que dezir, y vos no acortáys vuestras preguntas), es la cabeça deste jllustre linaje de los Enrríquez" (p. 104). Fruto muchas veces de una vaga reflexión sobre las funciones dialógicas de los propios personajes: "S.: ... a mí me competen mis continuas e jmportunas preguntas" (p. 443).

Pero incluso las mismas intervenciones del Sereno en este sentido parecen tener, en la mente del personaje principal al menos, la función de cerciorar al lector de la validez de las afirmaciones del anciano, a juzgar por los reproches de éste:

A.: Pero porque soys amigo de pedir pruebas, tened por cierto que... (p. 160).

A.: Yo ya sé que lo sabés mejor que yo os lo puedo acordar, e vos no me preguntáys sino como ombre que me despierta y que se quiere certificar de lo que siento, e para informar a otros e corrobolar vuestra memoria de lo que ella sabe, a ver si discrepo de lo cierto y para certificar si mi memoria está entera o caduca por mi edad, para que se me dé crédito o se dubde lo que digo (p. 418 RAH).

<sup>45</sup> El artificio se puede comprobar en el *Diálogo de la lengua* valdesiano: "PACHECO: Vos me havéis respondido como yo merecía. Proseguid adelante. VALDÉS: No tengo más que proseguir, ni vosotros os podréis quejar que no os he dicho hartas gramatiquerías. MARCIO: No, que no nos quejamos de lo dicho, pero quejaremos si no nos dezís más. VALDÉS: Quejáos quanto quisieredes, que a mí no se me ofrece otra cosa que deziros". Este diálogo forma bisagra entre la segunda y la tercera parte del coloquio; pueden leerse los que ofician como tal entre la tercera y la cuarta partes y entre la cuarta y la quinta (ed. citada, pp. 51, 98 y 104-105).

En otras ocasiones, el artificio sirve para establecer nexos internos que envían al lector hacia otras partes del diálogo ya pasadas, al margen de contribuir a la mimesis conversacional por medio de estos simulacros de olvido de lo anteriormente escuchado<sup>46</sup>:

A.: Por las armas de don Diego Pacheco ni de su jllustre linaje no me parece que me preguntáys.

S.: No lo pregunto porque de todo esso me jnformastes en la casa del Marqués de Villena, su tío, en la primera batalla, en el diálogo XI de la quinquagena primera (p. 80).

Este tipo de alusiones, sin embargo, no abunda y, lo que es más importante, no provoca, como en otros diálogos, el intercambio de pullas, la confesión de querer terminar el coloquio o la consecuente demanda de renovación del pacto conversacional: "A.: Como esta lección de nuestros diálogos querés que quede para después de nuestros días, holgáis que diga lo que vos os sabés e tenés muy bien entendido, e yo quiero que sea así como vos lo pedís"<sup>47</sup> (p. 95). Al carecer de cometido específico en el entramado de la obra, la inclusión de esta serie de intervenciones resulta un tanto postiza y delata su calidad de simple tributo, vacío de significado, que el autor rinde a la tópica del diálogo. En contrapartida, con la renuncia a enfatizar esas relaciones de oposición entre los conversantes, el autor logra que destaque por encima de todo el clima de convivencia ideológica.

También el ámbito de la conversación, aunque impreciso, favorece esa armonía que preside el encuentro. Faltan indicaciones sobre las coordenadas espaciales de la conversación, que hay que suponer acontece en alguna dependencia de la fortaleza de la ciudad de Santo Domingo<sup>48</sup>. Pero el tiempo en que se desarrolla no deja lugar a duda: esas horas sosegadas de vela en que los protagonistas, invitados por la calma de la hora, emplean sus minutos en charlar despreocupadamente en amigable dúo, y "fuera de pasión" como reconocerán en algún momento<sup>49</sup> (p. 270).

Por lo demás, cada uno de los dos interlocutores tiene perfectamente asimilado su cometido y de él se deja constancia expresa en un buen puñado de intervenciones que van festoneando el discurrir de la charla. Si bien hay indicios de haberse adoptado el esquema de comienzos alternos, a juzgar por las diferentes formas de inicio y por intervenciones del tipo: "Pasemos adelante. Y pues

<sup>46</sup> Es recurso que Valdés emplea esporádicamente en el *Diálogo de la lengua*, como en esta ocasión: "Si os acordásedes bien de lo que avemos dicho, hallaríades que stáis respondido a esso, pero, pues tenéis mala memoria, torno a dezir que..." (ed. citada, p. 73).

<sup>47</sup> Nótese la diferencia con las reticencias del viejo pescador de Basurto en la edición citada más arriba: "P.: Agravio os haze el rey. C: ¿En qué? P.: En no daros salario por preguntador" (p. 46). "P.: ¡Por Dios que para ser cavallero no sois muy diestro en preguntar!" (p. 47). "C.: ¡Ea! Dime cómo es eso. P.: Más querría que os fuédeses que no que me importunásedes, ..." (p. 18).

<sup>48</sup> Ofrece datos curiosos sobre el enclave Enrique Otte, *Gonzalo Fernández de Oviedo, alcaide*, en Francisco de Solano y Fermín del Pino (eds.), *América y la España del siglo XVI. Homenaje a Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista de Indias, en el V Centenario de su nacimiento (Madrid, 1478)*, Madrid, C.S.I.C., 1982, pp. 29-45.

<sup>49</sup> Es extraño no topar con indicios de que Oviedo se hubiese planteado la agrupación de las diferentes quinquagenas acudiendo a expediente tan normal en otros diálogos cual es el de hacer coincidir el final de la conversación con el ciclo día-noche, en este caso invertido, ya que se habla en horas de vigilia. Es probable que el autor, caso de haber podido finalizar la obra, hubiese llegado a una conclusión similar, dado lo inverosímil de hacer caber tantas y tan dilatadas conversaciones en el breve espacio de una sola noche de guardia. Que Oviedo dudó entre las varias posibilidades que el diálogo le ofrecía para solucionar este y otros problemas estructurales, es cosa que atestigua la ya comentada referencia al desfile aludido en algunos diálogos. Puede consultarse la nota 218 de la edición reseñada, donde el profesor Avalle-Arce establece conjeturas al respecto.

a vos toca hablar e dar principio al siguiente diálogo, començad en el que quisiéredes" (p. 116), el Sereno juega un papel más activo en la selección y ordenamiento de la materia<sup>50</sup>:

A: Ved de qujén querés que se tracte, pues que a vuestra elección está que començéys en qujen más os quisiéredes emplear (p. 197).

S.: Dexemos de hablar en las guerras del Maestre (...). Querría saber de vos qujén fue este Maestre por su linaje, e de qué casa o principio descende (...). Y lo que principalmente yo querría saber es el origen destes linajes de Castilla... (p. 23).

En buena medida es, pues, el Sereno quien interrumpe las digresiones y quien recupera el hilo temático perdido. En él recae la función que en las retóricas era designada por el nombre griego de *apodos*<sup>51</sup>: "Pues en nombre de Jhesucristo vengamos a la obra pues compete començarla y difinirla e a mí me competen mis continuas e importunas preguntas" (p. 443). En compensación simétrica, es, por norma general, en el Alcaide en quien descansa la tarea de animar la conversación. Si, como se ha dicho anteriormente, la búsqueda de la variedad para distracción del lector era una de las razones resaltadas por los autores de diálogos a la hora de justificar su elección genérica, conviene no olvidar que esa deseable conjunción es la meta de algunas reflexiones historiográficas de la época. Oviedo, en los comentarios sobre la andadura de su nobiliario, demuestra no andar muy lejano de la preocupación por organizar el discurso histórico que marca la tarea de cronistas como Alfonso de Palencia, en quien Robert B. Tate detectó la influencia del humanista Jorge de Trebisonda<sup>52</sup>. No parece que nuestro autor haya conocido la obra de estos predecesores<sup>53</sup>, pero resulta plausible que la forma adoptada en sus *Batallas y quinquagenas* sea el resultado de una meditación sobre las posibilidades que el diálogo le ofrecía para combinar información y comentarios. El esquema genérico del coloquio le facilitaba la tarea, a la vez que le permitía conjugar de manera deleitable las diferentes parcelas temáticas que en cada unidad se había propuesto repasar. Esto es: genealogía, biografía, heráldica y datos económicos, los hilos con los que urdía su trama. Al inclinarse por este género, Oviedo era perfectamente consciente de la ventaja y novedad que el diálogo aportaba a la literatura conmemorativa y de su papel pionero en el ámbito de la historiografía hispana.

<sup>50</sup> Es, por norma general, función que reposa en el *domandatore*. Puede observarse incluso en el luisiano *De los nombres de Cristo*, diálogo en que el maestro Marcelo propone el orden de la exposición, y en el que éste va siendo recordado por Sabino o Juliano: "...de tres cosas que en el principio nos propusistes, avéys ya dicho las dos, que son lo que es el nombre, y el officio para cuyo fin se ordenó. Resta dezir lo tercero, que es la forma que se ha de guardar, y aquello a que se ha de tener respecto quando se pone" (ed. citada, p. 158). Recuérdese en el *Diálogo de la lengua* el famoso mutis de Valdés, que permite a Marcio trazar las directrices del coloquio, a la par que se urde la treta del escribano para que "notasse los puntos principales que aquí se dixessen" (pp. 17-20 de la edición citada). Véase el comentario de Juan Bautista Avalle-Arce, *La estructura del Diálogo de la lengua*, en *Dintorno...*, pp. 57-72.

<sup>51</sup> Vid.: Lausberg, ob. cit., § 340.

<sup>52</sup> Vid.: Alfonso de Palencia y los preceptos de la historiografía, en *Actas de la III Academia literaria renacentista. Nebrija y la introducción del Renacimiento en España*, Salamanca, Universidad, 1983, pp. 37-51.

<sup>53</sup> Si acaso, como intuye Avalle-Arce, habría manejado el romanceamiento de las *Vidas de Plutarco*, hecho por el humanista español y dado a las prensas en 1491. Véanse las notas 660 y 881 de su edición.

RÍO NOGUERAS, Alberto del. *Diálogo e historia en las "Batallas y Quinquagenas" de Gonzalo Fernández de Oviedo*. En *Criticón* (Toulouse), 52, 1991, pp. 91-109.

**Resumen.** Gonzalo Fernández de Oviedo elige para redactar las *Batallas y Quinquagenas* la forma dialogada, abriendo con ello la tradición hispánica de los libros de varones ilustres a uno de los géneros más queridos de los autores del Renacimiento. En él encuentra la manera más apropiada y amena de combinar las diversas materias que pretende tratar en su obra.

**Résumé.** Pour la rédaction des *Batallas y Quinquagenas*, Gonzalo Fernández de Oviedo choisit la forme du dialogue et inscrit ainsi la tradition hispanique des *De viris illustribus* dans l'un des genres le plus en vogue à la Renaissance. C'est qu'il y trouve le mode le plus approprié et le plus agréable d'articuler les diverses matières dont il veut traiter dans son œuvre.

**Summary.** Gonzalo Fernández de Oviedo chose the dialogue to write his *Batallas y quinquagenas*. With this election opened the *de viris illustribus* hispanic tradition to one of the most preferred genres in the Renaissance. The author found in it an appropriated and delightfull way to combine the different subjects given in his work.

**Palabras clave.** Gonzalo Fernández de Oviedo. Diálogos. Historiografía. Renacimiento. *Batallas y Quinquagenas*.

FUENTES PARA LA HISTORIA DEL TEATRO EN ESPAÑA

XVII

**TEATROS Y VIDA TEATRAL  
EN TUDELA:  
1563-1750**

**ESTUDIO Y DOCUMENTOS**

**MARÍA TERESA PASCUAL BONIS**

TAMESIS BOOKS LIMITED

LONDON

en colaboración con el Gobierno de Navarra